

VALORES HUMANOS Y EDUCACIÓN EN/PARA LA TOLERANCIA

Human values and Education for tolerance

CONSTANCIO MÍNGUEZ ÁLVAREZ

Dpt. de Teoría e Historia de la Educación. Universidad de Málaga.

RESUMEN: "Educar para/y en la tolerancia" se entiende como cauce para formar ciudadanos, solidarios con sus congéneres. La reflexión se plantea en el ámbito educativo, entendido como proceso de "preguntas y respuestas" donde se forma la persona.

No basta con cambios de discurso o nuevo lenguaje, aunque son necesarios, exige un cambio de mentalidad. El objetivo de la tolerancia es una coexistencia pacífica, por lo que requiere una ruptura con la homogeneización y optar por la diversidad. En política educativa se habla de diversidad, pero es más un discurso que una práctica educativa, pues la diversidad no se acepta. Un buen método de ejercicio en tolerancia es practicar el discernimiento en la toma de decisiones. Es un camino nuevo, centrado en el respeto al pluralismo y a las minorías, superando todo tipo de fundamentalismo.

ABSTRACT: Teaching for Tolerance is meant as a way of forming citizens who are solidary. Its main value is high respect to the others. This thought is understood within the educational context as a "question-answer" process in which a person is educated.

Changing the language is not enough, although it is necessary. What is needed is a change of mind. The object of tolerance is a peaceful coexistence and so it needs a break from homogenization and a choice of diversity. In educational terms the word "diversity" is often understood as a part of speech rather than a teaching practice, since it is not generally accepted. Discerning when making decisions can be a good method of exercising tolerance. It is a new way, based on the respect for pluralism and minorities, overcoming all kinds of radicalism.

1. SUPUESTOS DESDE LOS QUE PLANTEO LA REFLEXIÓN

Estamos en el final de 1995. Cuando fue declarado Año Internacional de la Tolerancia se vio como algo querido y familiar para la sociedad actual, marcada por profundos deseos de bienestar, justicia e igualdad. Es momento de sacar consecuencias. Cómo plantear la “educación para la tolerancia” supone para quienes estamos interesados en el campo educativo un reto, ya que se trata de un tema que está de moda, y además, al reflexionar sobre su significado, posiblemente mantengamos actitudes ambivalentes. Puede utilizarse como llamada de atención para vivir con un talante más civilizado, pero también puede servir para desenvainar el arma “justiciera” con la pretensión de reconquistar campos perdidos y atacar a quien tiene un modo de pensar diferente al nuestro. La cuestión del pluralismo y exigencia de una postura más coherente no es algo teórico sino que tiene que ver con la reflexión sobre la práctica. Desde esa perspectiva presento este trabajo con la intención de que no se considere como una reflexión teórica sino como apoyo a la práctica de la tolerancia. La experiencia viene demostrando que es más rica la reflexión cuando, lejos de plantearse a nivel de cuestiones teorizantes, se aterriza en modos posibles de relacionarse entre las personas.

Es conveniente, más allá de los intereses personales o de grupo, afrontar la *educación para/y en la tolerancia* como núcleo básico desde o con el que se forma a ciudadanos democráticos o solidarios con sus congéneres, cultivando el respeto a mentalidades, culturas y personas diferentes. En su análisis se deben evitar dos extremos: bien hacerlo desde un enfoque restrictivo tal que parezca que sólo nuestra opinión es válida, o bien, por el contrario, plantearlo tan en abstracto que se quede en mera “teoría”. Posiblemente nos encontramos con una teoría que se ve contradicha por una práctica, y a la inversa, lo cual puede conducir al desánimo. Se ha de ser extremadamente cuidadosos para ser realistas en la reflexión y no quedarse en el vacío añorando la utopía. Está en juego el superar tanto una tendencia a todo tipo de fundamentalismo como a formas de oportunismo donde se considera que “todo da lo mismo y vale”, renunciando a valores personales¹.

Por otra parte, pensar que los problemas de tolerancia son exclusivos del momento histórico y que no han existido hasta el presente, es ocultar la realidad, pues desde la historia más antigua se ha practicado la persecución, exclusión e incluso muerte por discrepar de las convicciones que algún grupo dominante en una sociedad consideraba fundamentales. Pero la existencia anterior de estas dificultades no tiene por qué servir como disculpa para no superarlas una sociedad, como la nuestra, que presume de ser promulgadora de Derechos Humanos y que no ha de renunciar a mejorar cotas humanizadoras. A su vez, la reflexión no debe centrarse en cuestiones meramente especulativas o en una crítica parcial. Es un modo de aparcar problemas prácticos de la vida cotidiana de los que somos responsables todos los ciudadanos. Es fácil atacar formas de pensar y comportamientos de las personas con las que no estamos de acuerdo, bajo el estandarte de

1. DÍAZ, C.: *¿Tolerancia o apostasía? En el umbral del tercer milenio*, Madrid, PPC, 1994, p. 110.

mejora social, cuando en la práctica lo que hacemos es encubrir resentimientos o miedos, ya sean personales o de grupo. La tolerancia está más cerca o tiene que ver más con el amor que con algunas motivaciones encubiertas, por más que se presenten como compromisos ético-sociales.

Al buscar en el diccionario de la lengua qué significa el término *tolerancia*, vemos que María Moliner utiliza las expresiones: “admitir, aguantar, quitar importancia, justificar” y la define como *actitud del que respeta y consiente las opiniones ajenas*. El *Diccionario de la Real Academia* coincide en resaltar el sentido de respeto a la diferencia: *respeto o consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás aunque sean diferentes a las nuestras*.

Al analizar la tolerancia como valor educativo, conviene no dejarse influenciar desde la provocación, que grupos extremistas, como cabezas rapadas u otros, pretenden conseguir. Estudiarlo desde esa perspectiva, como respuesta visceral ante comportamientos irracionales, resulta un planteamiento incompleto, ya que se acaba pensando que la intolerancia está en los otros, en los violentos, pero no en nosotros, lo cual es, al menos, discutible. ¿Qué intereses son los que se ocultan en toda postura intolerante? Pienso que es bueno explicitarlos, pues en una sociedad compleja, como en la que nos toca vivir, la práctica de reacciones radicalizadas, posiblemente no se puedan controlar del todo, pero su existencia no puede servir de disculpa para que las personas que hemos optado por la humanización y respeto a los demás, no tomemos posición a favor de la práctica de la tolerancia.

Una salud mental, medianamente viable, pasa por no quedarse anclado en posturas nostálgicas del pasado ni ser arrollado por la moda. La tolerancia tiene que ver con el ámbito de la convicción personal y con el respeto a lo comunitario en su sentido más universal. No somos islas, sino que somos parte de una comunidad donde subsisten puntos de vista diferentes. Los demás nos condicionan no sólo con lo que dicen sino también con lo que hacen y piensan. El discurso a favor del pluralismo social no ha de ser mediatizado por una práctica encubierta donde se mantiene una actitud de miedo y rechazo a lo que consideramos opuesto a lo nuestro. Dicho de otra forma, se defienda el principio de la tolerancia, pero asumiendo que hay una intolerancia, calificada de justa. ¿Dónde están los límites de esta justicia? Aprender la práctica de la tolerancia, entendida no como simple exigencia cultural sino como rasgo de humanización es conveniente. Su ejercicio destierra prejuicios que valoramos como naturales.

La reflexión se plantea en *el campo educativo*, entendido como *proceso de “preguntas y respuestas”* donde se forma la persona. Parto de la hipótesis de que la dinámica humana se mueve entre dos variables: Necesidad-búsqueda de satisfacción. En consecuencia, la vida encuentra sentido en un continuo plantearse preguntas en busca de respuestas pertinentes. No interesa la respuesta sino en la medida que hay interés por la pregunta. Esto lleva a la conclusión de que lo realmente interesante en educación no es tanto lo que se enseña como el aprender a descubrir la verdad y el uso que se hace de ella en orden a la vida. El estar sensibilizados ante peligros extremistas, no debe servir para entender la tolerancia como medio para atacar a los contrarios sino para replantear nuestra

actitud ante los demás. Gastamos muchas energías en decir lo que los demás deben hacer y la verdadera tolerancia consiste en descubrir lo que cada uno debe hacer en relación con el otro. El precepto importante es el respeto profundo al otro.

Es conveniente, más allá de la actualidad de la temática, acercarse a la tolerancia dentro del mundo de los *valores*, que se denominan *humanos*, aunque a veces el término “humanidad” no sea la mejor referencia para describir actividades llevadas a cabo entre seres humanos, pero sirve como cauce para *reflexionar sobre el valor de lo eminentemente humano*, es decir de lo que debe apreciarse como valor para las personas. Como criterio catalizador tiene mucho que decir la tolerancia. Necesitamos soñar y proyectar un nuevo modelo de educación, donde la tolerancia sea más práctica que discurso. Es preciso despertar el amor, el interés y el gusto por la vida. La posibilidad siempre creadora de nuevos ámbitos para la convivencia, para la solidaridad, para la tolerancia y, a fin de cuentas, para la felicidad compartida, ha de ser la esencia, que impregne todo proyecto educativo².

A pesar de estas buenas intenciones la realidad social demuestra que hay una ruptura entre los criterios impregnados de la práctica social de colectivos y personas, influyentes en nuestra sociedad y las orientaciones propuestas por los defensores de una Ética, sea de matiz religioso o no, pero verdaderamente humana. Esta ruptura ha llevado a muchas personas a proclamar que estamos ante una grave crisis de valores. A mi juicio, lo conveniente no es quedarse en una lamentación sino asumir que el tema de los valores humanos, por encima de su actualidad, es una cuestión que necesita reconsiderarse educativa, cultural y socialmente. Hemos de ser conscientes de que se han dado grandes cambios estructurales, pues hemos pasado de modelos sociales dogmáticos, seguros y eficientes a situaciones manipuladoras y de profunda inestabilidad. En esa situación la mayoría de las personas se quedan sin recursos autónomos y es lógico el desconcierto. Son muchos los que se sienten sin norte claro, al estar entre continuos procesos contradictorios: autoritarismo-permisividad exagerada, relativismo absoluto junto a querer imponer a todos lo mismo, derecho a culturas diferentes e intransigencias de grupo, etc. Es un momento adecuado para plantearse una jerarquía de valores mínimamente coherente, pues quien no tenga valores en los que apoyarse corre el riesgo de ser intolerante al ser víctima del miedo o de alguna dependencia, bien de algo (droga, consumo, etc.) bien de alguien (sectas y fundamentalismos). Por el contrario, quien tiene *valores*, es capaz de *ser libre y tolerante*, ya que posee una *fuerza interior* que le permite ver la *vida*, no como algo negativo, sino como el ámbito donde cultivarse sin ver la opinión del otro como una amenaza a su propio pensamiento.

2. LUCINI, F.: “Educación en valores y Reforma educativa”, en *Vela Mayor, Revista de Anaya Educación*, Madrid, Anaya, nº 2, 1994.

2. LOS VALORES COMO REFERENCIA DE PROGRESO HUMANITARIO

El *valor* es una convicción razonada y firme de que algo es bueno o malo y de que nos conviene más o menos. El conjunto de estas convicciones se organizan en nuestro psiquismo en forma de escalas de preferencia, que son las escalas de valores. Cuando se logran, sirven de pautas o caminos que marcan las directrices de una conducta coherente. Nos permiten encontrar sentido a lo que hacemos y tomar claras decisiones en función de unos objetivos, considerados prioritarios. Son guía para comprendernos personalmente y entender a los demás.

Sin entrar en un análisis sobre el origen de los valores, es necesario tener en cuenta que no existen como realidades al margen de las cosas o del hombre, son la valoración que el hombre hace de las cosas mismas. En consecuencia, no son ni meramente objetivos ni subjetivos sino ambas cosas a la vez, puesto que el sujeto valora las cosas y a su vez el objeto fundamenta la valoración. En este mismo sentido es conveniente tener presente que los valores pueden ser socialmente compartidos o pertenecer al ámbito individual, ya que uno puede valorar positivamente lo que para otros carece de valor³.

El hecho de que se afirme que los valores humanos están en crisis no justifica en modo alguno la posibilidad de negar su existencia. Por el contrario, ha de servir como motivación para replantearlos de modo más actualizado en su denominación y aplicación. Como defiende V. Camps:

“ser buena persona no es hoy, únicamente, ser buen ciudadano o buen político como pensaban los griegos. Tampoco basta con ser buen católico, es algo más... tenemos un conjunto de valores universalmente consensuales, un sistema valorativo que sirve de marco y criterio para controlar hasta dónde llegan nuestras exigencias éticas individual y colectivamente”⁴.

A su juicio, y son muchos los autores que se suman a su propuesta, son los derechos humanos un buen referente como criterio universal y punto de confluencia para entender el mundo de los valores. Es un grave error ético negar a los derechos humanos la capacidad de ser considerados como derechos fundamentales de la persona.

Tan peligroso en una configuración del mundo de los valores el criterio de plena relativización como de absolutización. Somos conscientes de que ser ecuanimes en el mundo de los valores no es tarea fácil y que son muchos los interrogantes a resolver, pero debe intentarse conseguirlo. Etapas anteriores de la historia reciente han podido estar dominadas por un relativismo absoluto. Hoy posiblemente la tentación sea una vuelta a su absolutización y querer implantar la universalización de unos valores concretos. La inercia de la ley del péndulo debe ser controlada, pues no suele ser exponente de equilibrio y expresión de armonía.

3. TIERNO, B.: *Valores humanos*, Madrid, Taller de Editores, 1992, p. 12.

4. CAMPS, V.: *Los valores de la educación*, Madrid, Anaya, 1994, p. 15.

Es cierto que los valores cuando se comparten aumentan la solidaridad de grupo, pero también es cierto que el grupo dominante trata de implantar sus valores, mediante los que se determinan normas de conducta, que han de observarse a nivel personal. Esta tendencia a veces llega a ser tan dominante que se identifican las normas impuestas con el bien común. Para liberarse de este riesgo será necesario mantener una actitud crítica y de replanteamiento personal, como indica García del Dujo:

“no podemos separar el discurso sobre los valores de los productos y las formas que el hombre tiene de hacer, comportarse y en definitiva crearse a sí mismo, que no podemos arrancar los valores, como las emociones o los pensamientos, de los esquemas que el hombre viene dándose a sí mismo, aunque por supuesto, queda éste obligado a valorarlos, criticarlos, recrearlos, reorientarlos... y ello, podríamos decir, por imperativo natural”⁵.

Siendo así las cosas, la jerarquía de valores depende de cada sociedad, ya que los valores están indisolublemente ligados a formas sociales, determinadas por las relaciones económico-sociales y de poder dominantes. Por eso cuando nos toca vivir en modelos de sociedad, muy vulnerables a alteraciones económico-políticas, se producen cambios con bastante rapidez y tanto las valoraciones como las normas de conducta social están modificando constantemente⁶. ¿Qué puede hacerse tanto a nivel personal como de grupo para no andar a la deriva y encontrar razones consistentes en orden a un progreso humanitario? Sería bueno llevar a la práctica el lema de la Carta de Naciones Unidas: “reafirmar la fe en la dignidad y valor de la persona humana”.

No se trata únicamente de saber muchas más cosas sobre valores, aunque siempre el saber más es conveniente; nos estamos refiriendo a algo diferente. Al estudiar los valores básicos, que sirven como punto de referencia para una vida humana, no basta sólo con explorarlos y entenderlos sino que es necesario vivirlos y experimentarlos, pues el significado de los valores sólo puede descubrirlos adecuadamente quien es capaz de mirar positivamente al entorno en donde vive y que previamente haya sido capaz de comprender que *todo lo que existe* tiene su razón de ser, es decir, *vale*. El valor es la convicción personal de unir bien y ser.

3. MADUREZ HUMANA COMO REFERENCIA DE VALORES HUMANOS

Entiendo por “madurez humana” el *llegar a ser uno mismo para aquello a lo que ha sido llamado*. En la definición se incluye lo que se entiende como vocación y todo cuanto tiene que ver con el desarrollo de “ser uno mismo”. En el supuesto de una persona que ha sido educada con una mentalidad cristiana, inclu-

5. GARCÍA DEL DUJO, A.: “Valores y Educación: Cuestiones Básicas”, *Aula, Revista de Enseñanza e Investigación Educativa*, Universidad de Salamanca, VI, 1994, p. 15.

6. DELVAL, J. y ENESCO, I.: *Moral, desarrollo y educación*, Madrid, Anaya, 1994, p. 25.

ye aspectos tales como el saber valorarse a sí mismo en justa medida, tratar a los demás como hermanos, a pesar de las diferencias; dar a Dios su lugar dentro de la jerarquía de valores y dominar las cosas sabiendo utilizarlas, no siendo esclavo de ellas. La madurez humana o personal es un proceso continuo, que incluye desde aspectos de dimensión biológica, psicológica y espiritual. Las tres dimensiones son importantes, pero desde la perspectiva educativa hay que cuidar mucho la madurez psicológica. Aunque los enfoques pueden ser diversos según la escuela de psicología en que nos apoyemos, en síntesis puede defenderse que un *YO MADURO implica tener capacidad para soportar las frustraciones, controlar los sentimientos de inseguridad y ansiedad, adaptarse a nuevas situaciones, percibir el papel o rol que cada uno debe desempeñar en la vida, valorar correctamente el tiempo, aprender en base a la experiencia personal y ajena, mantener el autocontrol y saber medir en su justa medida la presión del grupo social en el que se vive.*

Esta madurez personal puede verse mediatizada por un pasado, como son las primeras experiencias y contexto en el que uno ha sido educado, por una parte y por otra la falta de una perspectiva o punto de referencia como es una escala de valores coherente. Por eso, ambos aspectos deben tenerse presentes en la organización de la tarea educativa, entendida como relación de ayuda a madurar humanamente.

1.- Obstáculos a superar por personas educadas en contextos dogmáticos

El tema de la inculcación de valores está vinculado directamente con las *primeras experiencias* en las que uno ha sido educado. Muchos de los padres y profesores en ejercicio han sido formados entre los años cincuenta y ochenta; pues bien, a un español medio, educado durante este tiempo, cuando oye hablar de planteamiento moral, fácilmente acuden a su mente una serie de normas, que hay que cumplir y que son cuestiones relacionadas con los mandamientos de la Ley de Dios, sobre todo del sexto, séptimo, octavo y noveno mandamientos. Puede modernizarse mucho y adquirir nuevo lenguaje, pero fácilmente en su interior siguen dominando parámetros de rigidez, propios de su educación inicial. Madurar en todas las dimensiones exige cambiar de mentalidad.

Cuando se ha asociado el campo de la moralidad al ámbito de las normas religioso-morales, que han de observar los seguidores de una Iglesia concreta, tiene el riesgo de que si la conducta social aconsejada por esa Iglesia deja de ser relevante socialmente, se eclipsa una moral, como referencia clara a sus ciudadanos. La situación más frecuente suele ser que aparecen predicadores, que arropados en grupos de plausibilidad imponen una moral a su medida. Critican rigideces pasadas para caer en otras intransigencias bajo capa de modernidad. Posiblemente esta sea nuestra situación actual.

La falta de autonomía moral se supera en la medida que se potencie un adecuado crecimiento moral y humano. No basta con aceptar una serie de normas, recibidas de fuera sino que es necesario desarrollar la propia conciencia. Ella es nuestro siervo y nuestro señor. De ahí que es fundamental ser conscientes del

mundo de los valores en función de los cuales queremos organizar nuestra actividad humana. Al ejercicio de respetar a los demás se denomina tolerancia.

2.-Escala de valores y necesidad de su interiorización

- Puede argumentarse que hay una contradicción entre lo indicado anteriormente sobre la necesidad de que una jerarquía de valores personal y ahora insistir en la necesidad de interiorizar una escala de valores. La razón es múltiple:

- En primer lugar porque una persona adulta ha de pasar de un comportamiento heterónomo, es decir dominado por las normas impuestas desde fuera, a una postura autónoma, normas asumidas desde sus propios planteamientos.

- Al mismo tiempo está comprobado que únicamente lo que se tiene dentro sirve de fuerza dinamizadora y es lo que nos mueve a actuar de verdad. Tanto en los momentos de dificultad como en situaciones muy personales lo que impulsa de modo eficaz es aquello en lo que realmente se cree. No son las palabras sino las creencias las que determinan nuestro comportamiento.

Hay un hecho demostrado: se pueden hacer cambios de discurso, pero mientras no se produzca un cambio de mentalidad, son pequeños acontecimientos, que terminan en cuanto cambia la moda. Es en el interior de la persona donde se han de plantear los cambios auténticos. No basta con un nuevo lenguaje, aunque es necesario. Cuando se habla de tolerancia no se quiere hacer referencia a formas encubiertas de debilidad, pues no tienen por qué darse oposición entre defensa de tolerancia y verdad.

La tolerancia inicialmente ha estado circunscrita al aspecto religioso, pero posteriormente se extiende a aspectos ideológicos, políticos y morales. El propósito de la tolerancia es una coexistencia pacífica. La tolerancia cultiva la habilidad de calmar los sentimientos fuertes y encendidos de los demás. Quienes son tolerantes no permiten que las vibraciones negativas externas oscurezcan sus mentes desde la duda o confusión. Ven las cosas como son. La persona tolerante sabe adaptarse ante problemas de convivencia, asume las circunstancias y sabe encajar los inconvenientes u obstáculos presentados.

- Según la obra *Valores para vivir. Una guía práctica* la tolerancia elimina estereotipos y estigmas asociados a personas a quienes se ve diferentes por su nacionalidad, cultura o religión. Defiende la máxima de que "¡si se toleran los inconvenientes, las montañas se convierten en montón de arena!". Considera que la semilla de la tolerancia es el Amor, pues cuando se practica hace que todo sea más fácil de tolerar. Expone una escala de valores desde los materiales a los espirituales y mediante el estudio de los valores hace tomar conciencia de la necesidad del autodesarrollo tanto individual como comunitario en orden a mejorar el mundo⁷.

7. *Valores para vivir. Una guía práctica*, Publicación de la Universidad Espiritual Mundial Brahma Kumaris en honor al Cincuentenario de las Naciones Unidas y al Cincuentenario de UNICEF.

Un modo posible de interiorizar la tolerancia dentro de una jerarquía de valores es apoyarla en tres pilares:

- 1º) sobre la base de unas actitudes, pues estamos hartos de palabras bonitas. Esperamos más obras y menos palabras. Buscamos nuevas actitudes ante la vida.
- 2º) en el marco de una cultura, pues a cada uno nos toca vivir en un momento de la historia y ello conlleva estar sometido a las influencias culturales concretas. Sabemos que a veces la cultura imperante no apoya valores considerados importantes, pero no se puede estar al margen de la cultura. Se trata de ser crítico, pero comprometido con el entorno. La realidad contextual está ahí.
- 3º) que haya coherencia entre el pensar y el actuar.

Este proceso de interiorizar la tolerancia dentro de la jerarquía de valores es bueno revisarla periódicamente desde una actitud de autocrítica y contraste con otras personas.

4. DIFICULTADES PARA INTERIORIZAR LA TOLERANCIA COMO VALOR

La tolerancia tiene que ver con el ámbito de la verdad tanto en cuanto a su construcción y de aceptación personal como del respeto observado ante las verdades defendidas por los demás. Tiene que ver con el respeto a las ideas que se profesan. Pero no todas las ideas merecen la misma consideración sino que ésta depende de la importancia que aquéllas tengan en el mundo de la verdad. Dado que la tolerancia en su origen está relacionada con la cuestión religiosa, es interesante aplicar este criterio a la transmisión de las verdades religiosas: su relevancia viene medida por la distinta categoría del contenido. Se hará mucho en favor de la tolerancia si se ayuda a distinguir dentro del cuerpo doctrinal aquellos contenidos nucleares y originantes de aquellas otras verdades menos determinantes.

Hoy se atiza intensamente el fuego de la intolerancia cuando se presentan todas las creencias como verdades de primera, como puntos incommovibles y eternos. Con semejantes presentaciones compactas y cerradas desde cosmovisiones religiosas no hay posibilidad de suscitar diálogo alguno. Tampoco contribuye a una búsqueda sincera de la verdad entenderla como una serie interminable de opiniones, todas consideradas igualmente válidas. En el extremo contrario está la enseñanza dogmática con que se transmite la formación religiosa. Como defiende Eduardo Malvido, para educar en la tolerancia mental puede ser eficaz orientar la formación religiosa en la consecución de tres metas: que distingan la Verdad primera o principal de la religión; que reconozcan las verdades esenciales y que las diferencien de otras verdades⁸. Saber discernir genera tolerancia.

8. MALVIDO, E.: "Por un adoctrinamiento más tolerante en la catequesis", en *SINITE, Revista de Pedagogía Religiosa*, nº 108, 1995, pp. 81-82.

Analizando los posibles obstáculos para interiorizar la tolerancia como valor humano, su origen puede tener doble procedencia: bien desde los obstáculos que ponemos para encontrar la verdad, bien desde la actitud mantenida ante las posiciones de los demás.

A) Obstáculos para encontrar la verdad:

1.-Dejarse llevar de los *prejuicios*. Somos propensos a defender algo si quien lo dice me cae bien o piensa como yo. De lo contrario automáticamente respondo desde un escepticismo indiscriminado. Un buen método para desarrollar un clima de tolerancia es ejercitar en el uso del discernimiento a la hora de tomar decisiones. De este modo se potencia el control sobre los prejuicios, que tanto obstaculizan en el camino de la verdad.

2.-La *falta de espíritu crítico*: Nada empobrece más a una persona que la falta de conciencia crítica. Todo acto de conocimiento debe ser un acto eminentemente humano, es decir, consciente, lo cual implica un acto de discreción de juicio.

3.-*Buscar a sabiendas sólo una parte de la verdad* y rechazar otras fuentes de verdad, por temor a que si conocemos “otra parte de la verdad” se nos venga abajo lo nuestro y nos quedemos en el vacío. El miedo refuerza una actitud defensiva.

4.-Quedarse en la *mera especulación racional* al margen de la vida real. La lógica a ultranza lleva a una serie de enseñanzas muy lógicas, pero alejadas de la realidad. Es bueno recordar la fábula de los dinosaurios que acabaron siendo víctimas de su propio crecimiento sin adecuarse a la realidad. Las falacias de los sofistas son otro buen ejemplo.

5.-Negar la posibilidad de *aprender algo de alguien*. Decimos: “estoy de vuelta de todo” y lo que en realidad estamos es encerrados en nuestro punto de partida sin permitir abrir las ventanas hacia otra realidad, que puede enriquecernos. Primero buscamos lo que nos interesa y luego tratamos de justificarlo diciendo que es lo único verdadero.

6.-Defender una *doble verdad*, en cuanto que se afirman cosas opuestas en función del interlocutor. Esto sucede también cuando se proclama una cosa, pero otra diferente es la que se aplica en la práctica.

B) Resistencias a la práctica de la tolerancia:

¿Todo debe ser tolerado? El límite de la tolerancia viene marcado por la defensa de los Derechos Humanos. Tolerar al otro es saber respetar su dignidad, reconocerlo como igual. Son muchos los que consideran que no merece ser tolerado el que no sabe respetar al otro. En el caso de un terrorista tenemos a un intolerante que no respeta la vida del otro. Sólo puede ser objeto de tolerancia lo que no eclipse la dignidad de persona humana. De ahí que no debiéramos tolerar todo lo que viole los derechos básicos, como, por ejemplo puede ser: el hambre en el mundo, el que mueran muchos niños por enfermedades evitables, que se diriman las cuestiones étnicas con la guerra, o todo tipo de terrorismo. Puede ser un buen método para educar en la tolerancia el tomar conciencia de los conflictos produ-

cidos por situaciones vergonzantes y poco satisfactorias, buscando alternativas desde respuestas colectivas y consensuadas. La tolerancia no justifica la injusticia. Es un error identificar “comportamiento permisivo” y tolerancia. Coincide con la comprensión, pero no con la permisividad exagerada.

En la línea defendida por Kant, una persona tolerante es aquella que defiende sus ideas y acepta que estén expuestas a la crítica para así llegar al discernimiento. Se ha de mantener respeto a la persona, pero no imparcialidad sino crítica a las ideologías, sobre todo si son racistas y xenófobas. Es bueno superar maniqueísmos dominantes, pero sobre todo es necesario asumir la tolerancia como verdadero valor humano. Existen al menos cinco resistencias, que la bloquean como tal valor:

1) *Hacer una defensa ficticia de la tolerancia, convirtiéndola en pseudovalor*: Así la persona que por quedar bien y que todos digan que es muy democrática da la razón a todos, pero ella no dice sinceramente lo que está pensando. No es que haya que decir todo lo que se piensa, pero tampoco se puede engañar. Cambia una idea positiva, como es el respeto a las opiniones de los demás, con una práctica criticable como es el actuar como un “camaleón”, hablando no como piensa sino para quedar bien, aunque tenga que decir ahora es de noche y ahora es de día, tratándose del mismo momento y hora.

2) *Defender la tolerancia como valor, pero sólo teóricamente*: Por ejemplo, uno piensa que quiere ser más coherente en la vida y se convence mentalmente de que ha de ser más comprensivo con los demás, más tolerante, pero luego en la práctica sigue siendo igual de intransigente con aquellos que no piensan como él. Cuando no nos afecta algo directamente somos muy abiertos, pero cuando nos llega de cerca sale nuestra vena intransigente, es decir, intolerancia en la práctica.

3) *Defenderla como valor, pero interiorizada equivocadamente*: Esto sucede cuando me doy cuenta de que en una sociedad pluralista es absolutamente necesario ser tolerante con las opiniones de los demás y como tal doy a todas las ideas el mismo valor sin diferenciar entre ideas aceptables e ideas cuestionables. En el otro extremo, pero con un planteamiento semejante están las personas que mantienen posturas “literalistas”, no permitiendo que pueda existir una razonable crítica.

4) *Defenderla como valor auténtico, pero no se practica al no tener capacidad real para asumirla*: Esta situación sucede frecuentemente al haber cambios sociales. Los que hemos sido educados según unas costumbres en los primeros años de nuestra vida, no es fácil después de tantos años cambiar de manera de pensar y aceptar opiniones contrarias. Normalmente brota una resistencia porque no son de los nuestros. Es ahí donde debe potenciarse el autocontrol para que a los que piensan de manera muy distinta al menos sepamos respetarlos. Con cierta edad o mentalidad no es fácil practicar la tolerancia.

5) *Ver la tolerancia como valor auténtico en el que se cree, pero no se encuentra consistencia para practicarla realmente*: Vivimos en una sociedad que potencia que cada uno vaya a lo suyo. Se mantiene el discurso de la tolerancia, pero en la práctica, entre algunos, no saben cómo practicarla. Socialmente se defiende

como valor y se habla de su necesidad imperante, pero los desengañados socialmente al sentirse engañados mantienen una actitud escéptica. Acaban no fiándose de nadie. Se actúa más contra aquellos que nos han decepcionado que aceptando a los contrarios.

5. EDUCAR PARA Y EN LA TOLERANCIA

En orden a plantear eficazmente una educación “para y en” la tolerancia de modo interrelacionado deben darse los siguientes pasos: en primer lugar superar los obstáculos que dificultan el llegar a la verdad. Si hemos señalado antes los obstáculos, se trata ahora de buscar alternativas positivas. En segundo lugar, es conveniente cimentar los pilares de una vida consistente, pues la verdad no es al margen del ser humano sino que está interrelacionada con el contexto vital. Un tercer elemento desde la perspectiva educativa es señalar un conjunto de pistas concretas, sin caer en un recetario, pero que sirvan como cauces para establecer una relación más abierta con la cultural y priorizar la educación en la tolerancia como una de las primeras exigencias del actual sistema educativo.

1. *Caminos para acercarse a la verdad*

De igual modo que los obstáculos para encontrar la verdad son un obstáculo o pecado contra la tolerancia así también hay modos de favorecer la tolerancia, estando en primer lugar los caminos facilitadores para acercarse a la verdad:

1.-*Superar los prejuicios*: Tendemos a funcionar con clichés prefabricados, que frecuentemente son injustos. Sólo sirven para defendernos en nuestras dudas, pero que alejan de la realidad. El hecho de superarlos es un paso previo positivo.

2.-*Mantener una postura crítica* ante la información recibida, pero no desde la duda indiscriminada sino desde una actitud verdaderamente humana, lo cual significa que ha de ser consciente, es decir crítica.

3.-Dudar en principio de “posturas apriorísticas”, pues tanto los dogmatismos como los racionalismos excesivos perjudican en orden a acercarse a la verdad. Las cosas más humanas e importantes en la vida personal superan parámetros aprioristas.

4.-*Saber distanciarse un poco de los absolutismos*: tanto de *los propios* (admitir tu verdad y puntos de vista como exclusivos) como de *los de las autoridades* (crear al pie de la letra todos los detalles de la autoridad. La asistencia del Espíritu Santo es en cosas de fe y buenas costumbres, pero no en cuestiones ordinarias).

5.-*No caer en el relativismo absoluto*, lo cual conduce a una gran inseguridad, sino mantenerse en una actitud de *búsqueda continua*, admitiendo otras opiniones y sobre todo estando abiertos a nuevas experiencias, que ayudan a comprender cómo vivir hoy.

6.- *Se trata de buscar de modo coherente y tener en cuenta que la verdad es:*
- una realidad, que cada uno va descubriendo,

- fragmentaria, en el sentido de que cada uno ve una parte,
- sometida al vaivén histórico (contexto para comprenderla),
- que se hace a medida que crece la humanidad y que es una conquista.

La verdad no se reduce a la razón sino que implica sentimientos y corazón, por eso está relacionada con el campo cognitivo de la persona, pero necesita de un continente que lo arroje y respalde. En definitiva es quien da significado y sentido a lo que decimos que es verdad. Es la propia vida.

2. La tolerancia como exponente de una vida coherente

Vamos a analizarlo primero desde una perspectiva negativa, deteniéndonos en la descripción de posibles inconsistencias, que dificultan la generación de una actitud tolerante para entender mejor la dimensión positiva de una vida coherente que hace posible la tolerancia.

2.1. Inconsistencias que dificultan la tolerancia

1º) Actuar no desde el convencimiento personal sino desde una postura de simple *complacencia* para que te digan que eres bueno. En este supuesto se es tolerante no porque se crea en el valor de la tolerancia sino porque queda muy bien.

2º) No hay tolerancia desde una *actitud "exhibicionista"*. Sucede así cuando defiende posturas tolerantes porque están de moda pero sin ningún convencimiento. Es propio de personas que siempre tienen que ser protagonistas y decir la última palabra. Les encanta manifestarse muy comprensivos para captar a quien viene con el problema, pero la respuesta no responde a esa aparente comprensión. Los educadores tenemos ese riesgo, decimos que sí para ganarnos al interlocutor y luego...

3º) A veces es una forma de enmascarar un *complejo de inferioridad*. Hay personas que encuentran en la tolerancia un modo fácil de encubrir su complejo de inferioridad. Tienen miedo a enfrentarse a la vida y poder expresar lo que piensan a riesgo de equivocarse. Como cuando intervienen lo hacen desde posturas reactivas e inseguras, lo menos comprometido es pasar por tolerante. Relacionada con esta actitud está una salida desde la *evasión*. En esta posición se elige el camino más fácil para no comprometerse con nada ni con nadie. Se habla de tolerancia como algo importante y muy difícil, por eso cuando llega el momento de tener que demostrar si se es realmente tolerante se defiende diciendo que las cosas son muy complejas y que por lo tanto "todo el mundo es bueno y todos tienen razón". Así no se compromete.

2.2. Actitudes favorecedoras de tolerancia

1º) *Ser radicalmente sincero consigo mismo*: El vivir de modo abierto y coherente valores auténticos es la mejor forma de entenderse en la vida. Lo peor es pasarse la vida autoengañándose y "descolocando" a los demás.

2º) *Estar abierto a descubrir valores auténticos, sin miedo a ir hasta las últimas consecuencias, aconsejados por “expertos”, que nos ayuden a “discernir”*: La meta de la vida humana es la trascendencia de sí mismo y eso es posible desde la opción por valores auténticos. Muchas veces vamos buscando a alguien que nos diga no lo que podamos necesitar, sino lo que queremos oír. A veces no estamos dispuestos a escuchar algo sincero. Freire distingue tres tipos de consejeros: “ingenuo”, “comprometido” y “astuto”, resaltando que es fácil caer en la trampa de este último que tiene la habilidad de decirnos no lo que piensa sino lo que sabe que nos gusta oír, aunque no nos ayude. El educador tolerante interviene desde la ayuda, no desde la complacencia.

3º) *Tener una constante actitud de revisión crítica y sano humor*: Mantener una actitud tolerante a veces se ve obstaculizada por inconsistencias psicológicas personales como puede ser el hecho de tener una personalidad con ciertas tendencias “neuróticas o paranoicas”, por lo que se necesita practicar cierta autocrítica y relativización ante las dificultades. En otras ocasiones sucede que son muchos años los que llevamos defendiendo algo muy distinto y cambiar de pensar a veces cuesta mucho y no es fácil aceptar posturas opuestas, pero saber reírse un poco de sí ayuda a ser tolerante.

4º) *El descubrimiento eficaz de los valores requiere que se haga en comunidad y no en solitario*. Es importante tener en cuenta que nuestra meta es ser autónomos, pero esto no quiere decir que seamos autosuficientes. Fácilmente nos pasamos de un extremo a otro, o bien somos totalmente heterónomos, demandando que nos digan todo lo que está permitido hacer o bien somos tan independientes que no soportamos que nos ayuden a descubrir y revisar nuestro comportamiento. Tolerancia implica relación comunitaria y se aprende practicándola en la comunidad.

5º) *Reconocerse inconsistente ante la práctica de la tolerancia no implica que no seamos capaces de serlo de alguna manera ni mucho menos el que por ello tengamos que pasarnos la vida pidiendo perdón*. La persona siempre es reformable. La actitud de autocrítica y aceptación de la propia realidad es el primer paso para hacer realidad en nuestra vida una actitud tolerante.

3. Pistas concretas para la educación de la tolerancia

La actitud de tolerancia o sus contrarios, dogmatismo y autoritarismo, se enseña-aprende en contextos sociales donde se vive. El sistema educativo no puede desentenderse de las necesidades más urgentes y prácticas. Ha de tener en cuenta lo que hoy se denomina “educación intercultural”, que sirve tanto de marco de aceptación de la diversidad cultural y étnica como de encauzamiento del pluralismo lingüístico. La educación intercultural tiene como objetivo fundamental el desarrollo de una actitud tolerante, generando procesos educativos apropiados en tres direcciones: en los *procedimientos* (práctica del diálogo y desarrollo de actitud crítica), en los *contenidos* (pluralismo lingüístico y científico, aprendizaje de derechos humanos), y en *técnicas de participación*, como se pretende desde los

Seminarios para la paz u otros⁹. En medio del pluralismo divergente y con hechos profundamente contradictorios se puede intentar un pluralismo convergente, que conduzca a una mejora cualitativa en lo humano. La base de esta convergencia es la recuperación de la pregunta por el hombre y su ética.

Básico en una educación en/para la tolerancia es una ruptura con la homogeneización y optar por la diversidad. El marco de política educativa actual habla de diversidad, pero responde más a un discurso que a una verdadera práctica educativa, pues permanecen muchos comportamientos que demuestran que la diversidad no se acepta. Pretender ser homogéneos sin apostar por los más desfavorecidos es algo artificial, pues como defendía D. Milani no hay mayor injusticia que tratar igual a los desiguales. Aceptar la plural diversidad es ponerse en un camino donde defendamos con intensidad semejante nuestro derecho y el de los contrarios al cultivo de la identidad personal y cultural. Lo minoritario del conjunto social debe tener cabida dentro de un panorama cultural con aspectos uniformados. Estas minorías pueden ser portadoras de sensibilidades y nuevos valores. Octavio Paz llama a estos grupos pequeños en número la *inmensa minoría* por su significación social.

En el terreno religioso es necesario dinamizar el *diálogo Fe-Cultura*. La fe ha de ayudar a valorar la cultura actual en lo que tiene de valor y contravalor, pero es necesario reinterpretar la fe a la luz de los valores de la cultura actual. En el fondo de la intolerancia religiosa yace la convicción injustificable de que la verdad única es la nuestra y de que sólo nuestras propias creencias son válidas. No se trata de claudicar en temas de fe y costumbres, pero sí superar conductas prepotentes e impositivas. La persona que tiene claridad en sus ideas, aprecio a sus valores morales y seguridad en sus motivaciones es la que mejor puede comprender y valorar las posturas de los otros.

El diálogo requiere mantener una reflexión entre iguales, y no un monólogo compartido. Necesita crear un clima de reflexión capaz de interiorizar y asimilar que la tolerancia es un valor practicable. Para hacerlo posible se requiere una nueva actitud y articular un *lenguaje apropiado*. No basta con proclamar qué ideas se “deben enseñar”, sino aprender a respetar concepciones opuestas y acercarse al mundo del conocimiento asumiendo el pluralismo tanto de contenidos como lingüístico. El intercambio resulta enriquecedor, pues ayuda a fundamentar mejor la propia visión y ampliar el horizonte con formas distintas de ver, pensar y actuar.

Las tensiones socio-culturales ya en 1945 llevaron a considerar necesario, según el Preámbulo de la Carta de la ONU, el establecer como finalidad el “practicar la tolerancia y vivir en paz como buenos vecinos”. Desde entonces, en algunos puntos, no sólo no se ha avanzado sino que se han radicalizado ciertas posturas. Es bueno cultivar el papel de la *tolerancia en la construcción de la paz*. La filosofía de que las personas somos diferentes según las diversas culturas tiene su respaldo en el derecho a las diferencias. La dignidad de la persona exige respetar

9. *Cooperación en la clase. Propuesta para profesores*, Ayuntamiento de Alicante, Concejalía de Cultura.

las diferencias, como modo de vivir la identidad personal. Esta defensa tampoco ha de ocultar que la pertenencia a culturas distintas genera conflictos, teniendo la tolerancia la facultad de servir como predisposición para la comprensión. El diálogo con los demás ha sido considerado como paradigma de la actitud tolerante, aunque actualmente la palabra diálogo ha perdido en parte su significado y necesita recuperar el sentido de búsqueda en común y no sólo de negociación.

Cabe preguntar si la tolerancia en la práctica social es considerada como un valor. A juicio de Gelpi, responsable de Educación Permanente de la UNESCO, la tolerancia debe entenderse como un valor defensivo, que tiene actualidad en los momentos críticos:

“los años noventa se caracterizan por fuertes dinámicas, sobresaltos, crisis de toda naturaleza, que ponen en cuestión los valores educativos y culturales establecidos... El valor de la tolerancia, ¿es un valor defensivo o un valor portador de futuro? En cuanto individuo, uno no se conforma con “ser tolerado”, sin embargo grupos sociales, étnicos o sociedades enteras quieren “ser toleradas”¹⁰.

Aplicándolo a la evolución experimentada dentro de la Iglesia Católica, se observa que los cristianos fueron brutalmente perseguidos en sus orígenes y desde esta experiencia pidieron tolerancia y respeto al pluralismo. A partir del Edicto de Milán entran en la administración del Estado y comienzan a distinguir una intolerancia injusta y otra justa. Esta tesis la articula Santo Tomás¹¹ defendiendo que la aceptación de la fe debe ser fruto de un acto libre, pero que mantenerla en su integridad es algo necesario. Se concreta esta postura en una actitud de tolerancia para los paganos y judíos y de intolerancia con los herejes, pues su comportamiento va contra la verdad y ponen en peligro el orden social.

Esta evolución dada en la Iglesia Católica puede también aplicarse a otros colectivos que cambian de postura según la posición en que se encuentren. Por eso, más allá del discurso teórico, lo que ha hecho avanzar la práctica de la tolerancia ha sido el pasar del campo de los planteamientos teóricos a realidades concretas y personales reclamando tolerancia, respeto a las minorías y no imposición de la fe religiosa.

Inculcar la tolerancia como valor cultural comporta, además de asumir la dinámica de la cultura de nuestro tiempo, reinterpretar mejor las claves de la vida para llegar a “un mundo mejor”. Significa valorar todo lo positivo, venga de donde venga, y criticar lo criticable, lo diga quien lo diga. Es bueno diferenciar entre tolerancia positiva y negativa, consistente en instalarse en la ausencia de principios, ideas u opiniones por comodidad. “El relativismo a ultranza no es verdadera tolerancia. Ser tolerante no implica la abdicación de lo que uno cree o piensa... implica convicciones”¹². Las situaciones de violencia e intolerancia están en la sociedad

10. Se encuentra en C.I.D.E.: *Educación y valores en España. Actas del seminario Comisión española de la Unesco*, Madrid, CIDE/MEC, 1992, p. 25.

11. Cita tomada de SASTRE, J.: “¿Cómo educar en la tolerancia las actitudes y el estilo de vida de los catequizandos”, *SINITE, Revista de Pedagogía Religiosa*, nº 108, 1995, p. 100.

12. CAMPS, V.: *Los valores de la educación*, Madrid, Anaya, 1994, p. 99.

y no se puede estar ante ellas con silencio cómplice. Esta situación se da con las personas y con la propia naturaleza. Por eso en una educación en la tolerancia se ha de potenciar una *sociedad más ecológica*, siendo sensibles al medio ambiente. Desde la ecología se pueden plantear y resolver mejor otros problemas éticos.

Pensando desde la perspectiva de *educadores y de la defensa de una escuela donde se eduque para y desde la tolerancia* considero importante que no es posible educar desde el recelo a la cultura en que vivimos sino desde una actitud de estar abiertos a la esperanza. Para mantener una actitud de mejora, desde la perspectiva educativa, *lo conveniente no es tanto el hecho de criticar negativamente a la cultura sino que es mejor anunciar que defender. No es malo criticar, pero constructivamente*. Se necesita un *nuevo talante*, siendo:

- menos dogmáticos y paternalistas
- no sólo dar importancia a conocimientos racionales y memorísticos
- cultivar aspectos de encuentro y comunicación
- atender a la formación de actitudes y no sólo de conocimientos.

Una persona educada en/para la tolerancia ha de ser capaz de superar la falacia de que todo es bueno o de que todo tiene el mismo valor. Es aprender a superar tanto un relativismo global como los absolutismos, enmascarados con brotes de fundamentalismo. Ambos son igualmente dañinos. Es asumir que el *respeto a la persona es siempre* algo absoluto, aun cuando estemos en desacuerdo con su forma de pensar y actuar. Es partir de que “conocer el valor propio y admirar el valor de los demás es la auténtica manera de ganar respeto... el poder de discernimiento crea un ambiente de respeto... cada ser humano tiene derecho a vivir con respeto y dignidad. Aceptarlo es *tolerancia*”¹³.

El saber científico-técnico ha permitido ampliar el campo de nuestras posibilidades y al mismo tiempo ha hecho manifiestas profundas contradicciones. El pluralismo de opciones éticas, políticas, sociales y religiosas ha de ser considerado como valor, pues la vida humana es en sí misma plural. La tolerancia supone aprender a trabajar conjuntamente en la búsqueda de la “verdad común”. Es un camino nuevo, centrado en el respeto al pluralismo y a las minorías más allá de toda prepotencia y encubrimiento de debilidad. Pero no basta con decirlo, pues con la tolerancia pasa como con el movimiento, que se demuestra andando. Las reflexiones tienen valor en la medida que se utilicen como cauce para tomar conciencia de la realidad y como revisión para la mejora de la práctica.

13. BRAHAMA KUMARIS, *op. cit.*, p. 47.